

La costumbre del caos

La bola de Emilio Rabasa y el pronunciamiento decimonónico

The Habit of Chaos

Emilio Rabasa's La bola and the Nineteenth-Century Pronunciamiento

Gustavo SANTILLÁN

<https://orcid.org/0000-0001-7762-5496>

Investigador independiente (México)

gusantil@yahoo.com.mx

Resumen

A partir de una breve reflexión sobre las interrelaciones entre historia y novela histórica, el artículo estudia la construcción de la imagen del pronunciamiento en *La bola*, de Emilio Rabasa, en sintonía con la óptica porfiriana. Aplica al volumen elementos de la tipología de Will Fowler para reexaminar los pronunciamientos, confirma algunos de sus hallazgos y sugiere elementos para futuras investigaciones. Asimismo, subraya algunas ambivalencias entre la obra literaria y el itinerario político del chiapaneco dentro del liberalismo conservador. Así, enfatiza la relevancia de la novela en la difusión de la imagen clásica sobre los pronunciamientos, aunque, simultáneamente, muestra que la obra sugiere elementos poco estudiados, como la interacción entre las revueltas, las instituciones políticas y los actores sociales.

Palabras clave: pronunciamientos; Will Fowler; Emilio Rabasa; *La bola*; porfiriato; realismo; tolerancia religiosa.

Abstract

Beginning with a brief reflection on the relationship between history and the historical novel, this article examines the construction of the image of the pronunciamiento [military uprising] in Emilio Rabasa's novel, La bola, showing how it was aligned with Porfirian perspective. By applying Will Fowler's typology to the novel, the article reconsiders the phenomenon of the pronunciamiento, confirms some of his findings, and suggests avenues for future research. It also highlights certain ambivalences between the literary work and Rabasa's political trajectory within the context of the Porfirian regime and conservative liberalism. Thus, it underscores the novel's importance in disseminating the classic image of pronunciamiento, while also drawing attention to understudied dimensions, such as the interaction among revolts, political institutions, and social actors.

Keywords: pronunciamientos; Emilio Rabasa; *La bola*; Porfiriato; realism; religious tolerance.



Introducción

Emilio Rabasa ha sido estudiado más como jurista que como escritor.¹ De estilo claro con acento irónico, incursionó con suerte diversa en variadas cuestiones: el análisis constitucional y el recuento histórico, la crítica literaria y el periodismo político. *La constitución y la dictadura* ha sido piedra de toque del constitucionalismo nacional y ejemplo paradigmático del constitucionalismo histórico.² El polemista era tanto un agudo analista como un cruel moralista. Integrante del sistema porfirista, el hombre nacido en 1856 y muerto en 1930 fue gobernador de Chiapas y senador de la república, procurador de Justicia del Distrito Federal y maestro de derecho constitucional, así como rector de la Escuela Libre de Derecho.

La mixtura entre política y literatura no era exclusiva de Rabasa. Perteneciente al grupo de los científicos, compartió inquietudes con hombres como Justo Sierra. No obstante, la afición juvenil por la novela fue característica del chiapaneco, aunque años después desdeñaría sus obras. A pesar de opiniones personales, las narraciones constituyen un punto focal para el estudio no sólo del realismo literario, sino también de la visión porfiriana sobre el pasado nacional. El hombre nacido en Ocozocoautla publicó entre 1887 y 1888 cuatro novelas, todas de naturaleza política: *El cuarto poder*, *Moneda falsa* —segunda parte de la anterior—, *La bola* y *La Guerra de Tres Años*. Cabe añadir que utilizó el seudónimo de Sancho Polo para publicar la primera edición de *La bola*, estrategia tendiente no sólo a mantener su identidad en secreto, sino también a distinguir entre obra literaria y carrera política. La seudonimia comenzó a ser utilizada por el romanticismo y el realismo, medida que sugiere la modernidad literaria del chiapaneco. No obstante, la segunda edición, de 1888, mantiene el seudónimo, pero añade el nombre real del autor. Así, Rabasa se hace plenamente responsable de la novela y de sus implicaciones.

Para Carmen Ramos, el chiapaneco era consciente del “propósito didáctico” inherente al realismo,³ además de una intención moralizante.

¹ Un reexamen significativo se encuentra en Jesús Silva Herzog-Márquez, José Antonio Aguilar y Pablo Mijangos, *¿Por qué leer a Rabasa hoy?* (México: Fontamara, 2011).

² Emilio Rabasa, *La constitución y la dictadura* (México: Tip. de “Revista de Revistas”, 1912).

³ Carmen Ramos Escandón, “Emilio Rabasa. Su obra literaria como expresión política”, en *Los intelectuales y el poder en México*, ed. de Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (México: El Colegio de México, 1991), 665-680.

Sujeto al influjo del realismo francés y español, ha sido ponderado como uno de los “mejores exponentes de la novela realista”.⁴ Si bien la escritura ficcionada fue ejercicio de juventud, el interés literario perduró mediante textos periodísticos sobre escritores de la época. No obstante su filiación ideológica dentro del régimen, “sus obras están llenas de críticas a la vida política mexicana y al funcionamiento administrativo del régimen”.⁵ Pero *La bola* es, ante todo, un sarcasmo del ayer y no una denuncia del ahora.

La bola ha sido analizada por la literatura desde la generación del concepto de pueblo,⁶ en coincidencia con una distinguida novela de la Revolución mexicana: *Los de abajo*. La obra de Mariano Azuela perfila, justamente, la mecánica de la bola como ingrediente del conflicto armado de 1910-1920. Asimismo, otros textos han entendido la narración desde el problema de “la multitud y sus revueltas”.⁷ Por su parte, algunos historiadores han estudiado los textos de Rabasa desde el ángulo político e ideológico. Apoyada en *La constitución* y *La evolución histórica de México*, Gloria Villegas explora la idea de revolución en el chiapaneco.⁸ Andrés Lira aborda a Rabasa desde la perspectiva constitucional.⁹ Will Fowler sitúa al jurista dentro del horizonte del conservadurismo y asevera que simboliza un intento de compatibilización entre “el constituyente de 1857 con la realidad cultural del país”, cuyo resultado es un liberalismo conservador.¹⁰ A su vez, para Erika Pani fue un “crítico de la dictadura desde dentro”.¹¹

⁴ Ramos Escandón, “Emilio Rabasa...”, 667.

⁵ Ramos Escandón, “Emilio Rabasa...”, 669.

⁶ Leonardo Martínez Carrizales, “Emilio Rabasa, narrador. La emergencia del pueblo en la representación narrativa del orden social de México”, *Literatura Mexicana* 29, núm. 1 (2018): 37-69, <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.29.1.2018.1060>.

⁷ Roberto Monroy Álvarez, “La gramática del Estado y la retórica de la multitud. Un análisis de *La bola*, *Los de abajo* y la narrativa del movimiento”, *Marmórea* 2 (2015): 11-26, <https://doi.org/10.33064/m.2.4863>.

⁸ Gloria Villegas, “La visión histórica de Emilio Rabasa”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* 8, núm. 8 (1986): 97-125, <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.1980.08.69027>.

⁹ Andrés Lira, “Desde el observatorio constitucional. Derechos e historia en la obra de Ignacio L. Vallarta Emilio Rabasa”, en *México. Un siglo de historia constitucional (1808-1917)*, coord. de Cecilia Noriega y Alicia Salmerón (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2009), 311-330.

¹⁰ Humberto Morales y William Fowler, “Introducción”, en *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, coord. de Humberto Morales y William Fowler (México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999), 23.

¹¹ Erika Pani, “‘Las fuerzas oscuras’. El problema del conservadurismo en la historia de México”, en *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, vol. 1, coord. de Erika Pani (México: Fondo de Cultura Económica, 2009), 25.

Por último, el caso más sobresaliente es Charles A. Hale. El estudioso del liberalismo mexicano y sus mutaciones doctrinales ha escrito un libro eminente sobre el jurista.¹² Según el historiador norteamericano, Rabasa simboliza las complejidades de las relaciones entre liberalismo y conservadurismo.¹³ La mixtura provoca que los liberales porfirianos fueran moderados en política y elitistas en lo social.¹⁴ Aunque las novelas no son el centro de sus disquisiciones, Hale certifica que en los volúmenes literarios “se manifiestan su propensión por la observación política y social y las sátiras, su estilo llano y su convicción positivista de que todo saber proviene de la experiencia”.¹⁵ Realismo literario y positivismo filosófico generan un enfoque peculiar en torno al pasado y, particularmente en el caso de *La bola*, sobre los pronunciamientos decimonónicos.

El régimen porfiriano solidificó la óptica negativa sobre el siglo XIX: desorden e inestabilidad, derrocamientos y algaradas fueron comunes en el país y obstaculizaron el progreso nacional. El juicio sobre el pasado tenía un evidente propósito de contrastación: frente al ayer caótico se levantaba un presente de paz y progreso. El pronunciamiento, sin ser realmente comprendido, era taxativamente condenado. No obstante, la reevaluación realizada por Fowler ofrece nuevas categorías para el análisis y significativos aportes para una renovada interpretación.¹⁶ Al respecto destacan seis puntos: 1) las adhesiones no eran actos pasivos, sino mecanismos de negociación; 2) muchos pronunciamientos iniciados desde los municipios tuvieron destacada participación de civiles; 3) aun dentro de los pronunciamientos castrenses existió una visible intervención de grupos sociales; 4) los soldados promovedores de motines carecían de formación y trayectoria castrenses; 5) ningún documento es exclusivamente militarista; y 6) el propósito era más la transacción con los gobiernos que la deposición de éstos.¹⁷

¹² Charles A. Hale, *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano. El hombre, su carrera y sus ideas 1856-1930* (México: Fondo de Cultura Económica, 2012).

¹³ Charles A. Hale, “Emilio Rabasa. Liberalismo, conservadurismo y revolución”, *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, vol. 2, coord. de Erika Pani (México: Fondo de Cultura Económica, 2009), 398-435.

¹⁴ Hale, *Emilio Rabasa...*, 25.

¹⁵ Hale, *Emilio Rabasa...*, 46.

¹⁶ Will Fowler, “El pronunciamiento mexicano del siglo XIX. Hacia una nueva tipología”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 38 (2009): 5-34, <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2009.38.17756>.

¹⁷ Fowler, “Pronunciamiento...”, 28-29.

Frecuentes pero multidimensionales, los pronunciamientos eran usualmente encabezados por militares pero con la decisiva participación de civiles y corporaciones; el objetivo no era necesariamente la deposición de los gobiernos, sino la negociación de cargos y la modificación de políticas. Ilegales, pero no ilegítimos, eran una forma de presión y participación en la vida pública, la más común del siglo antepasado.

Precisamente, el artículo propone tanto reexaminar el pronunciamiento como aplicar la tipología de Fowler a la novela de Rabasa. La presencia del pronunciamiento entendido como *bola* en la narración ha sido referido por algunos estudios literarios,¹⁸ pero carece de un acercamiento historiográfico. Así, el texto desarrolla un análisis de *La bola* en clave histórica a partir de un doble enfoque específico. Por un lado, estudia la construcción de la imagen tópica del pronunciamiento decimonónico. Por el otro, reevalúa dicha imagen a partir de la propuesta de Fowler y sugiere otros elementos por investigar.

El texto está dividido en cuatro partes, además de la introducción y las conclusiones: una breve reflexión en torno a las interrelaciones entre historia y novela histórica; la descripción de los personajes principales y el detonante de la trama; el desarrollo del conflicto armado, así como sus peculiaridades y características; y el desenlace con las correspondientes reflexiones del protagonista: Juan Quiñones.

Historia y novela histórica. Vasos comunicantes y relaciones conflictivas

Los estudios de Carlos Illades y Conrado Hernández exploran las relaciones entre historia y novela, aunque desde ópticas distintas. Illades analiza la construcción del concepto de pueblo desde el romanticismo, así como otros procesos concomitantes.¹⁹ Además, indaga en la narrativa de un autor

¹⁸ Ramos, "Emilio Rabasa...", 672.

¹⁹ Carlos Illades y Adriana Sandoval, "Espacio social y representación literaria en el siglo XIX", *Literatura Mexicana* 14, núm. 2 (2011): 217-227; Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005); Carlos Illades, "La representación del pueblo en el segundo romanticismo mexicano", *Signos Históricos* 10 (2003): 16-36.

olvidado pero significativo: Nicolás Pizarro.²⁰ Hernández ha elaborado una reflexión más abstracta a partir de apuntes de escritores modernos.²¹ Asimismo, otros investigadores se han aproximado a la novela histórica de autores decimonónicos, casi siempre liberales, como Ignacio Manuel Altamirano.²² Sin embargo, la narrativa conservadora no ha tenido, en general, aproximaciones significativas, aunque posee autores relevantes, como José María Roa Bárcena.

Apoyado en Fernando Pessoa, Hernández ha escrito que el “debate interminable sobre la realidad y la ficción” no ha resultado sencillo para historiadores y novelistas.²³ Los entramados adyacentes suelen ser los más problemáticos. A partir de diferentes perspectivas con horizontes convergentes, historia y novela ofrecen claves y sugieren dudas en torno a la interpretación del ayer reconstruido o ficcionado. Entre la presunta objetividad y la necesaria verosimilitud, no resulta sorprendente que algunos historiadores decimonónicos también hayan sido novelistas como Manuel Payno y Vicente Riva Palacio.²⁴ Más allá de particularidades inherentes, persiste una intención pedagógica en sus narraciones, tanto históricas como literarias: el pasado es un volumen de lecciones para el presente y la novela constituye otra forma de aproximación al pretérito con un claro propósito educativo.

En ocasiones, la novela elucida, por medio de una imaginación informada, aquello que la historia académica no necesariamente vislumbra por medio de archivos y testimonios. En palabras de Hernández, “la literatura es una de las puertas para penetrar al pasado: gracias a ella la imaginación nos acerca a la experiencia de otra u otras historias posibles que hacen más claros los hilos de la realidad de una época”.²⁵ Por tanto, entre

²⁰ Carlos Illades y Adriana Sandoval, “Nicolás Pizarro. Literatura y utopía en el siglo XIX”, *Iberoamericana* 22, núm. 1 (69) (1998): 26-40.

²¹ Conrado Hernández López, “Presentación. De la historia y la novela histórica a la perspectiva de análisis”, en *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, coord. de Conrado Hernández López (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004), 13-24.

²² Gustavo Santillán, “Virtud cristiana y progreso liberal en *La Navidad en las montañas* de Ignacio M. Altamirano”, *Revista de Historia de América* 164 (2023): 77-101, <https://doi.org/10.35424/rha.164.2023.2297>.

²³ Hernández, “Presentación”, 14.

²⁴ Alejandro Cortázar, *Reforma, novela y nación. México en el siglo XIX* (Puebla: Benemérito Universidad Autónoma de Puebla, 2006).

²⁵ Hernández, “Presentación”, 17.

la creación literaria y la reconstrucción histórica —caminos paralelos— existen puntos convergentes, aunque desde métodos disímiles y con recursos contrapuestos. Según Eugenia Revueltas “el relato histórico y el relato de ficción no sólo comparten la misma estructura formal, además participan de una relación más profunda derivada de las funciones empíricas y fictivas del pasado”.²⁶ Para Hayden White, el historiador hace arte y ciencia y, simultáneamente, la historia es narración y factualidad. Es decir, el investigador reconstruye un proceso y lo dota de sentido y coherencia a través de una narración lógica y ordenada. Por tanto, las fronteras entre historia y novela resultan porosas en beneficio mutuo, aunque con las tensiones subyacentes originadas en sus premisas particulares: verdad y verosimilitud.

La novela histórica ha sido frecuente en la literatura mexicana. Liberales o conservadores, autores conocidos o narradores olvidados han recreado el ayer, casi siempre nacional, con diversa calidad literaria y variado bagaje histórico. El proceso independentista fue abordado por José Joaquín Fernández de Lizardi, el primer novelista nacional, en *El Periquillo Sarniento* (1816).²⁷ Para Jaime Olveda los periodos más socorridos por la novela histórica son los momentos clave de la historia nacional: la Independencia y la Reforma, la Intervención francesa y la Revolución mexicana, sin omitir la guerra cristera.²⁸ En general, según Enrique Serna, durante el siglo decimonono “cobra auge la novela histórica, y con ella se alcanza el máximo grado de simbiosis entre la ficción y la historia”.²⁹ No obstante, cabe agregar que la narrativa del siglo XIX tendía más a reforzar tópicos y enaltecer personas que a ofrecer matices o descubrir singularidades. En suma, la novela es una ventana hacia el ayer en cuanto devenir y en cuanto historiografía: ilumina ángulos oscuros para la mirada histórica y enriquece horizontes diversos para la escritura del pasado.

²⁶ Hernández, “Presentación”, 22.

²⁷ Luis González y González, “La historia como novela verídica”, en *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, coord. de Conrado Hernández López (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004), 25-30.

²⁸ Jaime Olveda, “Los libros del deseo de Antonio Rubial”, en *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, coord. de Conrado Hernández López (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004), 123-124.

²⁹ Enrique Serna, “Santa Anna en la historia y en la ficción”, en *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, coord. de Conrado Hernández López (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004), 167.

De caciques y conflictos. Las coordenadas del caos

La bola, expresión muy mexicana, sinónimo de disturbio y desorden, inicia en un rincón imaginario, pero a partir de una serie de pautas conocidas. El sitio donde se desarrolla la trama carece de referentes espaciales reconocibles: San Martín de la Piedra. La historia podría suceder en cualquier lugar del país y resulta, en consecuencia, lección aprovechable para cualquier rincón nacional. Rabasa lamenta con ironía que el pueblo no aparezca en los volúmenes geográficos de Antonio García Cubas. Se trata del recurso del “no lugar”,³⁰ aplicable a cualquier región. El protagonista es un joven con fama local de hombre ilustrado. Incluso fue secretario interino del Ayuntamiento, aunque fue desplazado por un primo de la esposa del Jefe Político.³¹ Entendido en gramática y aritmética, había leído muchas veces *El Periquillo Sarniento*. Sabía retazos de historia y girones de geografía, así como “ciertos mendrugos de Náutica y Derecho natural”.³² Quiñones es el símbolo del hombre sin riquezas, pero también sin privaciones, con cierto saber y mucha ambición.

Por su parte, Mateo Cabezudo es el cacique del pueblo. De ojos taimados, era hijo de una lavandera de ilustración tardía, “pero un día cayó de leva Mateo, y se vio en el caso de tomar las armas, no sé (ni él tampoco) si en favor o en contra de Su Alteza Serenísima”.³³ Después de algunos años prudentemente omitidos, retornó al pueblo con la distinción de cabo. Aunque sin intención de volver a las armas, “su conocimiento del mundo y las penalidades que le afligen, su renombre de valiente, que nadie negaba porque él lo decía, y su calidad de militar, en lo cual era único en San Martín, comenzaron a darle cierta superioridad” dentro del poblado, “cuyos fueros defendía con ferocidad en el Ayuntamiento”.³⁴ El perfil destaca que, aunque se presumía militar, Cabezudo carecía de instrucción castrense y espíritu de cuerpo. Resulta relevante el énfasis en el vigor de los municipios, en sintonía con descubrimientos posteriores, como los de Antonio Annino. El historiador europeo propone una “revolución territorial” a partir de la

³⁰ Yliana Rodríguez González, “Manuel Payno, Emilio Rabasa y la invención del cuerpo nacional. Un examen de *Los bandidos de Río Frío* y las *Novelas mexicanas*”, *Bulletin of Hispanic Studies* 100, núm. 9 (2023): 929-944, <https://doi.org/10.3828/bhs.2023.58>.

³¹ Emilio Rabasa, *La bola* (México: Terracota, 2013), 13.

³² Rabasa, *La bola*, 24.

³³ Rabasa, *La bola*, 17.

³⁴ Rabasa, *La bola*, 18.

Constitución de Cádiz de 1812, la cual incrementó el número y la autonomía de los ayuntamientos.³⁵

Cabezudo era concejal cuando llegó la noticia de un “nuevo movimiento revolucionario”. Inspirado por el “dios del éxito”, tomó de propia autoridad el grado de teniente, salió de San Martín y se sumó “a la primera fuerza organizada que encontró a su paso, sin averiguar si era de tirios o troyanos”.³⁶ Sin interés en las ideas y después de algunas semanas, supo que su partido había triunfado y retornó al pueblo como comandante de escuadrón, sin demostración factible, y con el puesto de recaudador de contribuciones, sin explicación alguna. Gracias a la desamortización de propiedades, fue ya no sólo popular, sino acaudalado. Fama y dinero conducían al gobierno y al poder, los cuales facilitaban el incremento del prestigio y la riqueza. La aventura y la osadía eran los soportes básicos en el camino del ascenso social. Invitado a las tertulias de las personas distinguidas, Cabezudo era no sólo la gloria del pueblo, sino también el abanderado durante las ceremonias cívicas.

Indiferente en materia de doctrina, no hacía distinciones en sus afectos: “protegía a la gente buena y mala del poblado por natural generosidad y sin distinción de ningún género”.³⁷ Ajeno a las nociones de virtud, “tenía por iguales a todos sus coterráneos, favoreciéndolos o golpeándolos sin distinción”.³⁸ El papel de protector del pueblo y atemorizador de la ciudadanía alimentaba su ambición de ser jefe político, cuya relevancia en el control social y territorial durante la época porfiriana ha sido estudiada por Romana Falcón.³⁹ Aunque el gobierno estatal le tenía consideraciones y, al mismo tiempo, hostilidad, no le daba el cargo. Las intrigas condujeron al nombramiento de otro jefe político, cuya misión era someter al cacique.

Jacinto Coderas fue el jefe político nombrado por el gobierno local. Era, además, comandante de la Guardia Nacional. La referencia, aunque lacónica, resulta significativa. De acuerdo con Alicia Hernández Chávez, dicha institución era expresión del concepto de “ciudadanía en armas”, opuesta al

³⁵ Antonio Annino, “Cádiz y la revolución territorial de los pueblos mexicanos 1812-1821”, en *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, coord. de Antonio Annino (México: Fondo de Cultura Económica, 1995), 177-226.

³⁶ Rabasa, *La bola*, 18.

³⁷ Rabasa, *La bola*, 20.

³⁸ Rabasa, *La bola*, 20.

³⁹ Romana Falcón, *El jefe político. Un dominio negociado en el mundo rural del estado de México, 1856-1911* (México: El Colegio de México, 2015).

ejército profesional.⁴⁰ También simbolizaba “una posición liberal que centró la mira política en el orden y el progreso, un eje medio, de centro, que abriera espacio a las instituciones del nuevo Estado mexicano”.⁴¹ El señalamiento de Rabasa tiene, en primera instancia, un sentido casi burlesco, pero posee otro nivel de significado, muy probablemente ajeno a la intención autoral, aunque revelador de la convergencia entre dinámicas decimonónicas, como la relativa a la Guardia Nacional y la construcción de políticas porfiristas orientadas, justamente, a la paz y el progreso de inspiración liberal, pero sin radicalismo ideológico. De igual forma, Hernández Chávez ha profundizado en la interrelación entre la Guardia Nacional y “la organización política laica, el municipio y sus ayuntamientos”.⁴² Al respecto cabe anotar que Rabasa aplica por momentos la visión oficialmente secular de la autoridad pública posterior al triunfo reformador a una realidad muy distinta: la era de los pronunciamientos durante la cual fe y voto, política y devoción, legalidad y legitimidad estaban imbricadas en múltiples niveles, como han mostrado los estudios de Brian Connaughton.⁴³ No de manera incidental, Coderas gustaba vestir de negro y levita durante los actos cívicos, resonancia de Benito Juárez. Su ropa era solemne y su carácter explosivo: “Hombre duro si los hay, y de pocas o ningunas pulgas, mala fama y peor catadura”.⁴⁴ Aunque confrontados, los dos protagonistas eran semejantes: ambiciosos y nocivos, vacuos e intrigantes. En otro contexto habrían sido cómplices, pero la obra los plantea como antagonistas: eran el anverso y el reverso de los motines.

No obstante la calma inicial, poco después de tres meses estalló la guerra de maniobras entre los dos protagonistas, cada uno apoyado por distintos barrios del pueblo. El detalle sugiere un hecho relevante: las luchas decimonónicas no eran exclusivamente combates entre egos o disputas de caudillos, sino que tenían cierto apoyo social. No obstante, la participación correspondía más a la complicidad que a la democracia y menos a la convicción que a la conveniencia. Aunque cuidadosos en sus posturas políticas antes de conocer los vencedores definitivos, los pobladores cuchicheaban con frecuencia y con sordina. A partir de tal situación, Quiñones reflexionaba:

⁴⁰ Alicia Hernández Chávez, *Las fuerzas armadas mexicanas. Su función en el montaje de la República* (México: El Colegio de México, 2012), 51.

⁴¹ Hernández Chávez, *Las fuerzas...*, 51.

⁴² Hernández Chávez, *Las fuerzas...*, 52.

⁴³ Brian Connaughton, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria. Religión, identidad y ciudadanía, siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2016).

⁴⁴ Rabasa, *La bola*, 21.

“Me persuadí desde entonces de que en este país la opinión está siempre en favor del desorden”.⁴⁵ El hecho insinúa, más allá de la ironía, una cierta politización de la localidad, imagen ajena a la supuesta abulia de la ciudadanía decimonónica.

El choque entre los protagonistas encontró un detonante en la fiesta del 16 de septiembre. Con cohetes y repiques iniciaba el día cívico por excelencia en San Martín. El sol septembrino iluminaba la nación entera. La celebración era obra del ayuntamiento, que había combinado con virtud invención y solemnidad. Colocado frente al portal del pueblo, el templete estaba adornado con “las cortinas del altar de las ánimas, que el señor cura prestó” con enorme bondad.⁴⁶ Fe y nación se reencontraban en el día más sacro del país. En medio se encontraba una imagen de Hidalgo, cura católico y prócer nacional. Las nueve de la mañana era la hora de inicio del paseo cívico, mixtura de diversión y solemnidad, actos castrenses y discursos patrióticos. A las diez llegó el comandante Cabezudo, con ropa polvosa y medallas relucientes, listo para presidir el acto.

El día de la unidad pregonada por la oratoria fue el momento definitivo para el estallido de la rebelión. Coderas y Cabezudo riñeron frente a todo el poblado por tener el honor de portar la bandera. El emblema de la unidad trigarante era el símbolo de la división nacional. A su vez, el conflicto entre los dos protagonistas develaba la cuidadosa prudencia de los habitantes, deseosos de quedar bien con ambos y no ofender a ninguno de los dos mediante comentarios diferentes proferidos en contrastantes situaciones. Finalmente, el Jefe Político se apropió de la bandera y la condujo a la tribuna oficial, donde se enunciaría el discurso cívico.

El orador era don Severo, el tinterillo del poblado. Con voz calmada, creía estar diciendo siempre cosas importantes, acorde “a un hombre de sus talentos y su fama”.⁴⁷ Fatuo y presuntuoso, desdeñaba a Quiñones. Además, era experto en “lentas y majestuosas oscilaciones”.⁴⁸ El exordio comenzaba con el inevitable “conciudadanos”. El orador peroraba con gallardía, pero la gente no escuchaba al tinterillo de pueblo transformado en la voz del país. En tal panorama, Quiñones enumera los tópicos del discurso cívico: el lamento por la esclavitud del Anáhuac y el encomio del libertador

⁴⁵ Rabasa, *La bola*, 26.

⁴⁶ Rabasa, *La bola*, 8.

⁴⁷ Rabasa, *La bola*, 25.

⁴⁸ Rabasa, *La bola*, 33.

de Guanajuato, así como la enumeración de los nombres de los héroes patrios. Digno de los “oradores de portal y de alameda”⁴⁹, el texto estaba saturado de lugares comunes dichos con los énfasis esperables. Después de media hora, el discurso llegó a término y el orador fue saludado por el Jefe Político con abrazos serios y fríos como los del teatro o la comedia,⁵⁰ escenarios semejantes a los de la oratoria. El discurso, lleno de tópicos, era parte de la “opinión general”.⁵¹

El festejo había terminado con la conclusión del discurso y el enfrentamiento de los protagonistas. Pero entre la plaza y la liturgia, las conversaciones iban tejiendo el descontento más allá de San Martín. Dentro de la legislatura del estado, el licenciado Pérez Gavilán promovía la destitución del gobernador y estaba en contubernio con “tres militares de importancia”.⁵² Además, uno de los jefes políticos era su compadre. Las redes familiares eran muy útiles dentro de las conspiraciones transversales de civiles y castrenses. El también diputado local era “turbulento y levantisco” y constituía “el alma de la bola próxima”.⁵³ Asimismo, estaba en contacto con Cabezudo. Además de orador, don Severo era casi profeta. Con solemnidad advertía “que antes de mucho se armaría *la bola*”.⁵⁴ La luz de septiembre precedía a la oscuridad de la revuelta.

Tópicos recurrentes y matices relevantes

El choque por la bandera agudizó el conflicto entre Coderas y Cabezudo. Pero el pronunciamiento requería de otros factores. Además de un detonante, necesitaba de la aptitud para saber “cuando la fruta estaba madura, primera y principal dote de los agitadores populares han menester”.⁵⁵ Más allá del sentido de oportunidad, Quiñones se entregaba a una cavilación justificante del inminente estallido: “La revolución era justa y legítima; se trataba de derrocar la tiranía, y la tiranía es abominable. Yo no sabía cuáles eran los abusos del poder; pero que el Gobierno abusaba, era cosa fuera de

⁴⁹ Rabasa, *La bola*, 35.

⁵⁰ Rabasa, *La bola*, 37.

⁵¹ Rabasa, *La bola*, 38.

⁵² Rabasa, *La bola*, 27.

⁵³ Rabasa, *La bola*, 44.

⁵⁴ Rabasa, *La bola*, 22.

⁵⁵ Rabasa, *La bola*, 44.

toda duda”.⁵⁶ La bola estaba a punto de rodar, el caos se olvidaba de sus orígenes mezquinos y la revolución adquiría la legitimidad del descontento a pesar de la ignorancia sobre la situación. El hecho desataba la fantasía bélica del protagonista, quien conjeturaba su futura hazaña dentro de un nuevo motín:

Supongo que me pronuncio; que me persigue Coderas y no me atrapa; me voy a la montaña y allí se me reúnen hasta cien predreños, armados de cualquier modo. Vengo sobre San Martín; Coderas ha recibido auxilios del Gobierno y me espera sobre las lomas; pero yo le ataco con un brío extraordinario y le arrojo de sus posiciones, le quito las armas, se me pasan sus soldados, y tres días después marcho sobre el distrito inmediato.⁵⁷

No obstante, la revuelta demandaba otros elementos además del combate entre caciques y la ambición de algunos ilustrados: la agitación y legitimación por parte de la prensa escrita, imparcial vehículo de la opinión pública. El narrador enuncia que los hombres eminentes del poblado recibían, sin pagar, el semanario *La Conciencia Pública*. Con dos meses de vida, “era el órgano autorizado de los descontentos”.⁵⁸ Las páginas estaban repletas de artículos de fondo contra los impuestos y de poemas gimiendo por los abusos de los tiranos. Así, la publicación explicitaba la humillación del pueblo y proporcionaba legitimidad a la revuelta en ciernes. Además, un número publicado el 13 de septiembre y llegado al pueblo el 17 lamentaba la supuesta postración de Cabezudo. El comentario era una invención porque el cacique había estado totalmente sano el día 16, pero terminó de convencer a Quiñones de la opresión sufrida por el pueblo. El hecho mostraba las “intenciones aviesas” de algunos periódicos.⁵⁹ No sólo la oratoria cívica, sino también la prensa periódica, puntales del lenguaje político, eran notoriamente demeritados. La libertad de prensa y opinión sólo conducían a lugares comunes y falsedades evidentes.

Así como las historias clásicas reproducían supuestos discursos de los protagonistas, Rabasa insertaba un editorial. Generalmente colocado en la primera página, expresaba el punto de vista de los periódicos, aunque revestido de presunta objetividad. En este caso era el prolegómeno de un plan

⁵⁶ Rabasa, *La bola*, 29.

⁵⁷ Rabasa, *La bola*, 40.

⁵⁸ Rabasa, *La bola*, 44.

⁵⁹ Rabasa, *La bola*, 46.

libertador. El texto aducía que los ciudadanos se habían reunido para una deliberación pública sobre la situación del estado “dada la apatía de los hombres que nos gobiernan y el ultraje constante que sufren los inalienables derechos del pueblo”.⁶⁰ El hecho alude a las reuniones en pueblos y cuarteles, donde civiles y militares discutían de manera pronta y llegaban a un acuerdo unánime: apoyar el pronunciamiento, aunque usualmente con particulares exigencias. El resultado fue la redacción de diez considerandos, resumibles en la supremacía de las leyes y los derechos de los hombres, los equívocos de los gobernantes y la soberanía de los pueblos. El editorial carecía de programa específico pero simbolizaba los procedimientos habituales de los pronunciamientos, necesitados de justificación escrita y legitimidad pública. Resulta destacable, dentro de una población analfabeta, que el semanario era leído en voz alta no sólo frente a un grupo de personas, sino incluso de casa en casa.⁶¹ Estudios recientes han mostrado la relevancia de la lectura pública, un acto de politización ajena a la visión tradicional, aunque satirizada por el autor como acto carente de conciencia. De cualquier forma, la difusión del semanario perfila la relevancia de algún grado, si no de participación, sí de aceptación por parte de la ciudadanía. Ajeno a los entramados de la democracia, el pronunciamiento no era necesariamente un acto unilateral e impositivo.

La parte más emotiva y movilizadora del texto no fue tanto la retórica abstracta como una noticia concreta: la orden de aprensión librada contra el licenciado Pérez Gavilán, quien, junto con otros legisladores, se había ocultado para evitar el atropello. La noticia, deprimente, era acompañada de un dato, esperanzador: el general Baraja, al frente de tropa considerable, marchaba sobre la capital estatal. Además, un “cabecilla indígena” había secundado la revuelta.⁶² El honor herido de Cabezudo y el texto ardoroso del semanario, la insurrección del general Baraja y la perfidia del diputado local, así como la complicidad del dirigente autóctono, perfilaban un horizonte amenazador. Un cacique y un militar, un leguleyo y un indiano eran las cabezas visibles de la revolución.

El plan era incomprensible sin el necesario alcance, que denunciaba el amordazamiento de la prensa y la detención de un periodista del diario. La policía había irrumpido en el local y la imprenta había quedado embargada.

⁶⁰ Rabasa, *La bola*, 55.

⁶¹ Rabasa, *La bola*, 56.

⁶² Rabasa, *La bola*, 58.

Pero más allá de la retórica imitante del lenguaje revolucionario, el autor detalló la reacción del pueblo. Aunque de tono punzante acorde a la narración literaria, un fragmento contribuye a entrever la recepción popular:

¿Quién no ha visto a los Cabezudo hacerse misteriosos y dar a entender que todo lo saben y de todo están al cabo; convocar sigilosamente a sus compadres, ahijados, sobrinos y demás deudos para exponerles la situación, y asumir una actitud que los haga más y más importantes y temibles? ¿Quién no ha visto a los tibios encerrarse, a los tímidos hacerse los enfermos, a los indígenas huir de la leva y a los acomodados del préstamo?⁶³

Si Luis González y González ha referido la situación de los “revolucionados” entre 1910 y 1920, sería conveniente una investigación sobre las vivencias generadas por las revueltas. Fowler ha desentrañado los mecanismos en torno al pronunciamiento y los entretelones conducentes a su triunfo mediante una coalición de descontentos casi siempre encabezada por un militar, pero sostenida por una alianza donde los civiles no desempeñaban papeles menores. La visión centrada en la pasividad ha quedado superada dentro de las relaciones entre pueblo y poder, inmersas en los pronunciamientos, uno de los recursos de presión y participación conducente, entre otros aspectos, a la formación de una cultura política, como ha mostrado Regina Tapia.⁶⁴ Asimismo, queda por explorar, en el sendero pautado por investigaciones como las de Sonia Pérez Toledo, no sólo la recepción, sino la interacción entre los pronunciamientos cívico-militares y los sectores humildes.⁶⁵

A pesar de signos prometedores, la revolución en ciernes enfrentaba dudas, sobre todo de parte de dos sectores: los acaudalados, quienes la sufragarían, y los pobres, quienes la padecerían. En efecto, una de las repercusiones de la sublevación fue el pedimento de una contribución forzosa. Otra, de dimensión más relevante para el relato, fue el nombramiento de Quiñones como secretario de la jefatura política, encabezada por Code-ras, en sustitución del titular, quien asumía el papel de comandante de

⁶³ Rabasa, *La bola*, 60.

⁶⁴ Regina Tapia, *El pueblo y el poder. Repertorios en la formación de una cultura política. Gobernados y gobernantes en la ciudad de México a mediados del siglo XIX* (México: El Colegio Mexiquense, 2024).

⁶⁵ Sonia Pérez Toledo, *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853* (México: El Colegio de México, 1996).

tropa. Rabasa insinúa que los pronunciamientos eran dispositivos de ascenso social y no de cambio político. La famosa empleomanía se daba la mano con el supuesto aspirantismo. Aunque con reticencias, Quiñones aceptaba el cargo e iniciaba su vida pública. Sin embargo, Rabasa elabora un giro de guión. So pretexto de buscar el consentimiento de su madre, Quiñones salió de la oficina de la jefatura, se dirigió al hogar de Cabezudo y se unió a la revolución como secretario, pero no del jefe político, sino del cabecilla de la revuelta. El primer reto fue la redacción de la proclama, acorde al estilo del semanario. La decisión del protagonista fue consecuencia del cálculo personal y no de la convicción política. Quiñones estaba seguro del triunfo de Cabezudo; además, estaba enamorado de su sobrina.

La hipocresía era, evidentemente, común. Quiñones refiere que, pasado el tiempo, se enteró de la causa de su nombramiento como secretario de Coderas. El antiguo secretario Sabas Carrasco, con malevolencia, había incitado a Cabezudo para que apresurara el estallido de la revolución bajo una premisa convincente: “Más valía empujarle inmediatamente a una bola no preparada, que no esperar a que él se levantara en armas cuando estuviese apercebido para ello y en perfecta relación con el general Baraja, y el Lic. Pérez Gavilán”.⁶⁶ Al respecto, queda pendiente un estudio detenido sobre el papel de los civiles en el entramado de la novela y, por tanto, dentro de los motines. Por su parte, el secretario del pronunciamiento redactó una circular solicitando armas y gentes, caballos y vestidos.⁶⁷ No obstante el empeño, el escrito resultó flojo y débil,⁶⁸ ironía sobre la calidad escritural de los pronunciamientos más allá de las retóricas rimbombantes.

La revolución estaba en marcha y la respuesta habitual también. Después de varias escaramuzas escasamente decisivas, aunque relevantes en el contexto pueblerino, se supo que el gobierno nacional “tomaba cartas en el asunto, transando con los revolucionarios para poner paz en *aquella importantísima fracción de la república*”.⁶⁹ El estallido engrasaba la maquinaria de ascensos. Cabezudo se autonombró teniente coronel y comandante militar del distrito. Pronto la capacidad del sublevado fue puesta a examen en la batalla contra el enemigo, de menor número, aunque con

⁶⁶ Rabasa, *La bola*, 105.

⁶⁷ Rabasa, *La bola*, 71.

⁶⁸ Rabasa, *La bola*, 111.

⁶⁹ Rabasa, *La bola*, 45. Todas las cursivas son originales.

mejor armamento. Después de varias escaramuzas, Cabezudo y Quiñones debieron retirarse, si no totalmente derrotados, sí completamente abatidos.

Lesionado, Quiñones fue curado en la iglesia. La escena insinúa el tipo de participación de los sacerdotes: no necesariamente tomaban partido de manera pública pero ayudaban a los combatientes malheridos. El hecho, de evidente connotación positiva, ofrece un ángulo insinuante dentro del liberal Rabasa. El religioso en su ministerio, añade: “Cumplía con sus deberes estrictamente; extendiéndose más allá por la caridad y buenas obras; si bien no formó jamás hermandades, cofradías ni otras instituciones semejantes de notoria piedad y beneficio; pero no tuvo la culpa, pues aún no estaban en privanza estas asociaciones; que después han venido a llenar un vacío notable y lastimoso”.⁷⁰ El pastor no daba grandes sermones “pero tenía el talento necesario para enseñar con el ejemplo, sistema *objetivo* que no es fácil aplicar con frecuencia, especialmente en los pueblos cortos”.⁷¹

La descripción no está lejos del lugar común del cura bondadoso, casi eco, aunque sin épica del padre de la patria. No obstante, el presbítero también tenía sus limitaciones: “Sobra manifestar que habría sido incapaz de arreglar y llevar a término el concordato de que ahora se habla o de llegar a cardenal, no obstante que bien pudiera llegar a santo”.⁷² La beatitud no conllevaba capacidad. Benjamín Marojo era el “inimitable tipo de sacerdotes buenos”.⁷³ Aunque alto y flaco, viejo y reumático, la leyenda popular lo pintaba como alguien no sólo bueno sino atrayente. Pero Rabasa precisa el alcance del juicio: “Si es feo lo que desagrada, aquel viejo era un buen mozo”.⁷⁴ No obstante, tenía una ventaja: sus misas sólo duraban veinte minutos. La liturgia era tan breve como breve fue el episodio armado.

Si el sacerdote ejercía la piedad en medio de la revuelta, Quiñones experimentaba un vértigo desconocido. Pensaba, en la inminencia de la confrontación definitiva, que “lo malo predominaba en mí, y sucedía que al encontrarme en el encendido elemento de las pasiones de la bola, inconscientemente me transformaba”.⁷⁵ No obstante, en realidad su propósito era salvaguardar a su amada y a su madre de los desórdenes. Es decir, los motivos personales condicionaban las decisiones y suplantaban las doctrinas,

⁷⁰ Rabasa, *La bola*, 70.

⁷¹ Rabasa, *La bola*, 70.

⁷² Rabasa, *La bola*, 70.

⁷³ Rabasa, *La bola*, 70.

⁷⁴ Rabasa, *La bola*, 70.

⁷⁵ Rabasa, *La bola*, 89.

las cuales sólo eran una racionalización de las pasiones. En suma, la bola transformaba para mal a los hombres, incluidos los ilustrados: era no sólo un obstáculo político sino una enfermedad pública.

No obstante el descalabro inicial, la batalla decisiva fue ganada por Cabezudo, aunque gracias al arrojo y la estrategia de Quiñones. De cualquier forma, Cabezudo entró al pueblo como libertador y desplazó de manera definitiva a Coderas, aunque entre ambos no había una diferencia esencial. Mediante un comunicado, el vencedor informaba al gobierno del estado que “el Distrito *de su mando* quedaba pacificado, mediante la remoción de Coderas”, y se había hecho cargo de la jefatura política.⁷⁶ Además, el insurrecto triunfante ofrecía, con hábiles palabras, los “servicios y poderosos elementos” a su cargo para “combatir a los revoltosos, que sin razón ni fundamento continuaban alzados en armas contra el superior Gobierno del Estado”.⁷⁷ A través de una misiva particular, Cabezudo explicaba el levantamiento y aducía que “vencido Coderas y despojado de su empleo”, cesaba todo motivo de encono y discordia. La insubordinación había conducido a la pacificación. Cabe añadir que el victorioso no fue cruel con los vencidos. La venganza y la violencia no eran partes sustantivas del pronunciamiento. De cualquier forma, los vecinos principales felicitaron al vencedor con sonrisas y lisonjas. El pueblo, siempre oprimido, estaba, de manera tan convencida como oportuna, con el vencedor. La ambición satisfecha hacía factible una paz transitoria, vigente hasta la próxima revuelta.

Revuelta, revolución y dictadura

El motín concluía con final predecible. El revolucionario Cabezudo se volvía socio del gobierno contra la subversión irredenta. El otro pronunciado, el general Baraja, también anunciaba su sumisión al gobierno y recibía del gobernador el nombramiento de “jefe político del centro”.⁷⁸ Por último, el licenciado Pérez Gavilán obtenía un cargo relevante en la capital de la república, indicio de la participación de las administraciones nacionales en el sofocamiento de las revueltas locales. Los hechos eran encomiados por los periódicos. El cinismo no sólo era retórico, sino parte de la política. Pero

⁷⁶ Rabasa, *La bola*, 98.

⁷⁷ Rabasa, *La bola*, 98.

⁷⁸ Rabasa, *La bola*, 99.

los ascensos provocaron desazones. El “*bolista* subordinado” que era Quiñones sintió furia al enterarse de las noticias.⁷⁹ El auténtico vencedor de la contienda se quedaba sin promoción burocrática ni reconocimiento castrense. Sin embargo, no a guisa de consuelo, sino de revelación de la trama, Quiñones refiere que el sacerdote desnudó la puesta en escena: el general Baraja y el abogado Pérez Gavilán habían sido el auténtico motor de la revuelta y Cabezudo sólo un instrumento conveniente pero prescindible. El énfasis en la pequeñez del adversario constituía una forma de la venganza.

La victoria modificaba el calendario, resonancia de la revolución francesa.⁸⁰ Ahora, los días eran contados a partir de la libertad del pueblo, conseguida a base de heroísmo y pundonor. Por su parte, el cura se enteró de una noticia desagradable para Quiñones, pero no sorpresiva en la nación decimonónica: “El Gobierno reconoce y confirma el grado de Coronel que la bola dio a Mateo; le nombra Jefe político del distrito, y en carta particular le ofrece apoyar su candidatura de diputado al Congreso de la Unión en las próximas elecciones”.⁸¹ En términos del religioso, quien obraba como coro griego en la tragedia pueblerina, México era “el país de las aberraciones”, “el país de los hechos consumados”.⁸² El cacique no sólo trepaba en el escalafón castrense y obtenía un cargo político, sino que sería dentro de poco tiempo representante del pueblo soberano en el ámbito federal. Un nuevo orden nacía de una revuelta intrascendente.

Dentro del itinerario de ignominias, el cura agregaba otra: Cabezudo estaba celoso de la gloria militar de Quiñones y sólo daría su consentimiento para la boda del joven con su sobrina Remedios cuando éste fuera un hombre relevante. Además, en medio de la victoria se anunciaba el desastre: el fallecimiento de la madre de Quiñones. Así, el hombre culto y secretario de la revuelta no ganaba recompensa alguna y tampoco obtendría la mano de su amada. El saber era secundario y prescindible dentro de la dinámica decimonónica. Los elementos determinantes eran no la valentía, sino la aventura; no el seguimiento de las normas, sino la ruptura con las instituciones; no la adhesión a las causas, sino la ambición dentro de las revueltas.

Por encima de la inevitabilidad de la muerte, Quiñones asumía el obstáculo de su enlace con su amada mientras fuera un hombre simple, aunque

⁷⁹ Rabasa, *La bola*, 99.

⁸⁰ Rabasa, *La bola*, 101.

⁸¹ Rabasa, *La bola*, 105.

⁸² Rabasa, *La bola*, 105.

culto. En consecuencia, adquirió *El litigante instruido*, consiguió un *Diccionario de la lengua* y se suscribió a *El Siglo XIX*, elogiado por *La Conciencia Pública*.⁸³ El “bolista” incidental aspiraba con plena conciencia a transformarse en “bolista” profesional. Es decir: en hombre capacitado para aprovechar de manera efectiva las oportunidades de ascenso tanto público como íntimo, inherentes a la bola. La igualdad jurídica resultaba accesorio ante la igualdad sustantiva propia de la revuelta. La trama no ofrece un final feliz de índole romántico, sino una conclusión amarga de naturaleza política. La bola generaba caos evidentes, pero no cambios profundos; significaba el ascenso de algunos, aunque no la degradación de los vencidos, a final de cuentas partícipes del mismo entorno social.

El pronunciamiento concluía y el desenlace suscitaba la reflexión de Quiñones, quien negaba que la revuelta hubiese constituido una revolución. El nombre adecuado era otro, acorde a la originalidad americana:

Nosotros, inventores del género, le hemos dado el nombre, sin acudir a raíces griegas ni latinas y le hemos llamado bola. Tenemos privilegio exclusivo; porque si la revolución como ley ineludible es conocida en todo el mundo, la bola sólo puede desarrollarse, como la fiebre amarilla, bajo ciertas latitudes. La revolución se desenvuelve sobre la idea, conmueve a las naciones, modifica una institución y necesita ciudadanos; la bola no exige principios ni los tiene jamás, nace y muere en corto espacio material y moral, y necesita ignorantes. En una palabra: la revolución es hija del progreso del mundo y ley ineludible de la humanidad; la bola es hija de la ignorancia y castigo inevitable de los pueblos arrasados.⁸⁴

La formulación novelesca era aplicable a la historia del México emancipado. Rabasa expone en su *Evolución histórica* que México obtuvo la independencia “no teniendo siguiera orientación política” y “sin idea alguna de administración pública”.⁸⁵ Llena de errores y extravíos, la historia era expresión de las carencias del país: la indispensable educación y los ejemplos pertinentes para adelantar en el camino del progreso. Pero, sobre todo, adolecía de una ilustrada “clase directiva” y del “trabajo material” de la población común.⁸⁶ Las carencias explican los afanes a partir de la

⁸³ Rabasa, *La bola*, 109-110.

⁸⁴ Rabasa, *La bola*, 108.

⁸⁵ Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México* (París y México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920), 81-82.

⁸⁶ Rabasa, *La evolución...*, 82.

restauración de la república en 1867 de paz, orden y trabajo.⁸⁷ El contraste era evidente y resultaba absoluto: la comparación dicotómica entre caos y orden desembocaba en un presente fructífero de paz y ley, las cuales ciertamente no implicaban democracia, pero sí ofrecían quietud social y estabilidad política. Así, Rabasa distinguía entre revoluciones positivas y perjudiciales. Las buenas soportaban la calumnia y conducían al progreso, las malas eran simplemente bola, mala hierba dentro de la sociedad humana. Una dictadura benéfica era la genuina revolución.

Conclusiones

La obra no revela secretos íntimos de los silencios humanos. Rabasa insinúa, con sagacidad próxima a la caricaturización, no los dramas de los hombres, sino las tramas de los tiempos. El lector difícilmente desarrolla complicidad con los personajes; al contrario, los contempla como protagonistas de un ayer pasado y terrible, acechante y amenazador. De tal manera, instruyen a los lectores sobre los peligros apenas superados y las inminencias recién trascendidas. Regidos por valores diferentes a los ideales, son figuras de un pasado omnipresente. Entregados al caos político a partir del desorden interior, simbolizan la conciencia humana presa de ardores y recelos.

Aunque focalizado en un pueblo dentro de una temporalidad específica, el relato aspira no a la recreación de una particularidad sugerente, sino a la presentación de un horizonte nacional. Rabasa no pretende develar realidades únicas y paradójicas, sino sucesos comunes en su trama y pre-visibles en su conclusión: el caos nacional es indisoluble de la ambición individual. Es decir, busca ofrecer un sentido unívoco al pasado nacional a partir de la narración pormenorizada de un evento provinciano. Recrea, en su perspectiva, la historia de un pueblo y legítima, en su óptica, tanto el presente de la nación como el ejercicio del poder.

Rabasa muestra a lo largo de *La bola* una doble tensión. Por un lado, es la obra de juventud de un hombre convertido ya en su madurez en historiador. Por el otro, el ayer ficcionado no es producto de un pretérito vivido, pero es enunciado con el frío vigor de un protagonista distante. Por ambos senderos, el autor pretende ofrecer una verdad útil enunciada en términos negativos, como el cuestionamiento del regionalismo y la representación

⁸⁷ Rabasa, *La evolución...*, 96.

política simbolizados por el licenciado Pérez Gavilán, aunque en realidad convenientes para la minoría gobernante. Existe, asimismo una convergencia notable. A diferencia de tiempos recientes,⁸⁸ para la época de Rabasa la historia era más narrativa que investigativa. En consecuencia, el relato novelesco no está muy distante del relato histórico. *La bola* es una literatura al servicio de la historia y una historia al servicio del presente: es la racionalización novelesca de la irracionalidad humana. No incidentalmente para Edmundo O'Gorman “el reto del historiador es hacer inteligibles con la imaginación las zonas irracionales del pasado”.⁸⁹ Así, la obra es un testimonio no vivido y una lección no del todo aprendida.

La novela aporta elementos para la comprensión del pronunciamiento decimonónico. Por un lado, confirma la imagen tópica forjada, entre otros horizontes, por la oratoria cívica de índole liberal a partir de la Reforma, continuada por la República restaurada y reforzada durante el régimen porfiriano.⁹⁰ La revuelta constituye un evento frecuente y funesto, dirigido por militares ambiciosos, carentes de banderas específicas fuera de vindicaciones personales, propiciador del desorden y favorecedor de la anarquía. Por el otro, la novela confirma algunos hallazgos de Fowler. El pronunciamiento estaba dirigido en primera instancia por militares que entraron en la carrera de las armas de forma incidental, sin espíritu de cuerpo ni identificación corporativa. Asimismo, el motín era parte de un entramado que abarcaba, pero trascendía, al segmento castrense. Rabasa enfatiza el papel de los civiles no sólo por el papel de Quiñones, sino ante todo por la conspiración donde participaban leguleyos y burócratas. También, enuncia que el objetivo no era necesariamente la deposición del gobierno en turno, sino la negociación de cargos oficiales. Así, la administración estatal pactó el fin del pronunciamiento local en beneficio de sus impulsores, sin comprometer el empleo de los gobernantes.

La novela perfila aspectos básicos del pronunciamiento: tiene un plan y difunde una proclama, convoca a la población y recurre a la propaganda

⁸⁸ Conrado Hernández López, “Santa Anna. Entre dos formas de ficción y de conocimiento”, en *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, coord. de Conrado Hernández López (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004), 187.

⁸⁹ Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México* (México: Secretaría de Educación Pública, 1974), 151.

⁹⁰ Gustavo Santillán, “La oratoria y el olvido. Los discursos en torno a la batalla de Puebla. 1863-1883”, *Historia Mexicana* (octubre-diciembre 2026), en prensa; Gustavo Santillán, “Oratoria cívica y república restaurada. 1867-1875”, *Oficio, Revista de Historia e Interdisciplina*, en prensa.

a través de la prensa periódica. *La Conciencia Pública*, carente prestigio pero con evidente intencionalidad, es el vehículo para la difusión del movimiento. *La Conciencia Pública* y, en menor medida, *El Siglo XIX*, resultan medios imprescindibles en la difusión si no nacional, sí al menos regional de la revuelta. Asimismo, sugiere la relevancia de la legitimación escrita. Por tanto, uno de los primeros actos del insurrecto Cabezudo es la elaboración, por parte de Quiñones, de la correspondiente proclama. El entramado insinúa el imperativo por construir una legitimidad argumentada a través de la palabra escrita apelante de la opinión pública. El hecho está en sintonía con la propuesta de Fowler respecto a la evidente ilegalidad, pero también a la ansiada legitimidad del pronunciamiento, forma de participación y movilización, negociación y socialización ante la ausencia de otras formas de expresión política, como las manifestaciones.

Aunque la novela está planteada como la memoria del protagonista, ciertamente Rabasa no vivió la época de los pronunciamientos. En todo caso, era un joven de 20 años cuando estalló el Plan de Tuxtepec (1876). Por tanto, resulta factible asentar que mediante la novela el chiapaneco intuye, aunque para fines irónicos, elementos poco identificados y tal vez difícilmente documentables para la historia. En términos de González y González, sería la “historia como novela verídica”.⁹¹ Así, la obra fortalece, al menos, parte de las arduas relaciones entre historia y novela: la imaginación descubre lo que la mirada no observa y la ficción sugiere lo que el documento omite.

Entre reafirmaciones de estereotipos solidificados y ratificaciones de descubrimientos ulteriores, existen al menos tres aspectos enunciados por la novela, aunque no siempre atendidos por la historia. El primero: el papel de los sacerdotes. Aunque el pastor es descrito en términos favorables, con las correspondientes ironías, en realidad no existe mucha precisión en torno al alcance del sitio del sacerdote, sobre todo en la provincia lejana de las sedes episcopales. El segundo: la recepción social del pronunciamiento. Fuera del temor a los préstamos forzosos, existen pocos estudios sobre la interacción de los grupos sociales con los pronunciados. Dentro de la coalición sustentante del pronunciamiento, postulada por Fowler como clave de éxito, cuerpos e intereses participaban de manera sustancial por encima de espadones ocasionales. Sin embargo, el chiapaneco sugiere no sólo una relación pública, sino un cierto apoyo social, arista aún por descubrir.

⁹¹ González, “La historia...”.

Por último, queda pendiente un mejor conocimiento acerca del papel de los burócratas. Aunque quizás estarían temerosos de perder sus empleos ante los cambios, en realidad el horizonte parece ser más complejo. Jueces y secretarios, síndicos y recaudadores eran figuras con relevancia local, cuyos nombres y cargos suelen aparecer al principio de las actas de adhesión, pero cuya interacción real, y no sólo semántica, con el pronunciamiento ha sido en general poco atendida.

Eminente creatividad individual al servicio de una verdad presuntamente científica, la novela perfila la costumbre del caos, la inercia de la aventura, el empuje de la ignorancia. De tal forma, recupera un ayer para negarlo y trascenderlo. Relato en beneficio de la institucionalidad política, no desmitifica el pasado ni mitifica a ningún personaje: condena un ayer en sintonía con la óptica del porfiriato. La narración literaria es parte de la arquitectura ideológica y la ingeniería historiográfica del régimen. Frente al caos, el orden; ante el peligro de la anarquía, la certidumbre de la estabilidad; la repuesta al desafío de un pueblo irracional es la conformación de un gobierno ilustrado. Se trataría de la “gramática del Estado” y la “retórica de la multitud”.⁹²

La visión de Rabasa sobre la Iglesia católica es signo de las tensiones inherentes al liberalismo conservador. La valoración positiva del sacerdote no era excepcional dentro de la obra del chiapaneco, aunque sí contrasta con otras formulaciones narrativas de su pluma.⁹³ Por su parte, la *Evolución histórica* presenta un cuadro ambivalente pero complementario de *La bola* sobre todo en relación con la tolerancia religiosa:

La unidad religiosa había sido en la Nueva España un hecho sin contradicciones y como espontáneo; de ahí que la intolerancia fuese no sólo una institución en las leyes, sino una necesidad en la paz de las conciencias. La unidad religiosa, con ser un absurdo dentro de la naturaleza para cualquier grupo social, constituía en los comienzos de la era independiente de México un elemento natural y propio de aquella comunión política que sin él no habría podido explicarse su existencia como pueblo organizado.⁹⁴

Absurda en términos abstractos pero aceptable en casos específicos, la intolerancia trasluce algunas ambigüedades del pensamiento de Rabasa.

⁹² Monroy Álvarez, “La gramática del Estado...”.

⁹³ En *La Guerra de Tres Años*, el perfil del sacerdote es menos favorecedor, pero no del todo negativo. Gustavo Santillán, “*La Guerra de Tres Años* de Emilio Rabasa. El sarcasmo liberal del triunfo reformador”, en prensa.

⁹⁴ Rabasa, *La constitución...*, 27.

Como devoto de la ciencia, refuta la imperativa unanimidad dentro de una nación moderna; pero, como estudioso de la historia, la admite como imperativo casi sociológico. De tal forma, el enfoque positivo sobre el cura en la novela, aunque con matices, es parte de una óptica muy particular ante el hecho religioso, no distante de las negociaciones políticas sin mudanzas legales del régimen porfiriano con la jerarquía católica: aceptación de la realidad evidente sin demérito de las doctrinas legitimantes del sistema: el liberalismo, entendido como nuevo, y el positivismo, postulado como ciencia.

Dentro de los recursos retóricos empleados por el chiapaneco destaca la sinécdoque. Los apellidos de algunos protagonistas no sólo revelan sus características individuales, sino que definen el cargo que ostentan. De manera patente sobresalen ciertas figuras, la mayoría militares. Por un lado, se halla Cabezudo, equivalente en el lenguaje popular a terco, no como sinónimo de tenaz, sino de obstinado, y a testarudo, entendido como porfiado. Por el otro, está Coderas, cuyo nombre sugiere egoísmo y tacañería, avaricia y mezquindad. Baraja es un caso semejante, ya que es un término asociado al juego y al azar, riñas y altercados. Por último, se halla el licenciado Pérez Gavilán, cuyo segundo apellido denota saqueo y despojo, pillaje y rapacidad. Asimismo, su grado académico lo presenta como leguleyo y tinterillo, truculento y turbulento. Por tanto, la lucha es de egos potenciados por los vicios, con la complicidad o al menos aquiescencia de los pobladores. En suma, la sinécdoque insinúa la vertiente moral del volumen, tendencia constatable en los lenguajes políticos desde el inicio de la vida independiente.⁹⁵

Aunque detalle menor dentro del relato, destaca el sarcasmo en torno a la oratoria. El discurso septembrino se volvió casi un género autónomo dentro del lenguaje político. La obra detalla la rigidez que convoca al entusiasmo, pero sólo fortalece la indiferencia. De igual forma, subraya el lugar común de la oratoria anual destinada a nutrir el ardor cívico, pero que sólo consiste en un triste suceso de retórica impotente. El retrato del discurso en la novela puede parecer excesivo, pero ciertamente la alocución patriótica al menos desde la década de 1870 carecía del vigor de otros tiempos.⁹⁶

⁹⁵ Gustavo Santillán, "La crítica moral de Mariano Azuela", *Revista Universidad de México* (noviembre 2002): 12-15.

⁹⁶ Santillán, "Oratoria cívica...".

Acaso la conflictividad contribuía a su creatividad y la estabilidad no ayudaba a su brillantez.

Las tensiones en la obra y vida de Rabasa han sido identificadas por Hale.⁹⁷ Al respecto, cabe anotar algunas otras. Una propuesta del joven abogado al aspirar a la gubernatura era la eliminación de los cacicazgos regionales, barreras para el orden político necesitado por la inversión extranjera. No obstante, el mismo Rabasa controló fuera del poder la vida política local.⁹⁸ El autor también satiriza a los jefes políticos, hombres incultos y vulgares, pero ambiciosos y tenaces, inútiles para hacer el bien, aunque eficaces para hacer el mal. Sin embargo, como mandatario aprovechó las jefaturas políticas para lograr un mejor control de las regiones chiapanecas.⁹⁹ Cabe añadir un elemento significativo: las burlas y críticas a los cacicazgos locales y las jefaturas políticas están plasmadas en una obra de juventud, antes de asumir el poder de su estado natal. Así, Rabasa fue coherente en su lucha contra los cacicazgos, aunque el éxito condujo a su propio cacicazgo: el rabasismo. Por otra parte, como mandatario aprovechó la utilidad práctica del jefe político. Acaso las tensiones íntimas y contradicciones públicas de Rabasa revelan más sobre la época que las ambivalencias sociales y los desatinos morales de los protagonistas.

La visión de Rabasa en torno al pronunciamiento constituye un indicio de las complejidades del porfiriato en, al menos, dos temáticas. La primera es que el sarcasmo de la novela respecto al pronunciamiento resulta paradójico, porque proviene de un integrante no menor de un gobierno nacido, justamente, de un pronunciamiento triunfante: el Plan de Tuxtepec. La segunda: la ironía sobre las figuras castrenses, personificaciones de los intereses sin doctrinas y cuyos grados eran obtenidos en medio de las revueltas, es publicada bajo la égida, precisamente, de un general siempre fiel a la causa reformadora pero sin formación militar de tipo académico. Pero el libro sugiere no sólo tensiones, sino también persistencias. Rabasa acenúa la participación civil en el pronunciamiento decimonónico, en sintonía con la interpretación de Fowler respecto a la muy relativa preponderancia militar. En tal sentido, el abogado Rabasa muestra, justamente, la relevancia de los civiles no sólo en la legitimación ideológica, sino también en el

⁹⁷ Hale, *Emilio Rabasa...*

⁹⁸ Álvaro Ruiz Abreu, *Emilio Rabasa Estebanell. Los combates por la vida* (Tuxtla Gutiérrez: Gobierno de Chiapas, 2000), 30.

⁹⁹ Ruiz, *Emilio Rabasa...*, 33-47.

funcionamiento cotidiano de los distintitos gobiernos, y particularmente del sistema encabezado por Díaz.

La novela tiene algún parecido tanto con una obra anterior como con una posterior. Por un lado, se encuentra *La quinta modelo* (1857), de Roa Bárcena. La semejanza no parece incidental. El novelista era un conservador confeso; Rabasa, un liberal porfiriano nada ajeno al liberalismo conservador. No obstante, para ambos los primeros lustros de vida independiente eran lamentables, aunque con una diferencia capital. Según Roa Bárcena, las ambiciones personales y los equívocos liberales habían conducido al caos y la violencia. En contraste, para Rabasa el ayer casi irracional y totalmente reprensible constituye un ejemplo negativo que coadyuva a la legitimación de un régimen discursivamente liberal y heredero del triunfo reformador. Pero las dos obras expresan un desánimo semejante ante los primeros años de vida emancipada. Por otra parte, *Los relámpagos de agosto* (1964), de Jorge Ibargüengoitia presenta algunos ecos de *La bola*.¹⁰⁰ La novela del guanajuatense parodia las venturas y desventuras, intrigas y traiciones de un grupo de civiles y militares en el contexto de la Revolución mexicana (1910-1920). *La bola* y *Los relámpagos de agosto* coinciden no tanto por estar planteadas como memorias del protagonista, sino, ante todo, porque satirizan dos procesos históricos: los pronunciamientos del siglo decimonono y las conspiraciones en la Revolución mexicana.

Mientras Altamirano y Riva Palacio temporalizan sus ficciones en la época virreinal o bien a partir del movimiento reformador, *La bola* ofrece un panorama, aunque esquemático, de las primeras décadas de la historia nacional. No obstante, a partir de 1855 las revueltas decrecen no sólo en número, sino también en éxito. El Plan de Tacubaya (1858) desata una guerra civil, pero finalmente es completamente derrotado (1860). Por su parte, el Plan de Tuxtepec inicia el largo periodo dominado por Díaz, cuya gestión, si bien acaba para fines prácticos con las revueltas para beneplácito de Rabasa, ciertamente nace del último motín victorioso del siglo XIX. Es decir, la obra encumbra de manera implícita un régimen nacido de una realidad que execra: el pronunciamiento decimonónico.

¹⁰⁰ Gustavo Santillán, "La crítica literaria en torno a *Los relámpagos de agosto*. 1964-2000", en Jorge Ibargüengoitia. *El atentado. Los relámpagos de agosto*, ed. de Juan Villoro y Víctor Díaz Arciniega, 246-260. Madrid: ALLCA XX, 2002.

REFERENCIAS

- Annino, Antonio. “Cádiz y la revolución territorial de los pueblos mexicanos 1812-1821”. En *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*. Coordinación de Antonio Annino, 177-226. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Connaughton, Brian. *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria. Religión, identidad y ciudadanía, siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Cortázar, Alejandro. *Reforma, novela y nación. México en el siglo XIX*. Puebla: Benemérito Universidad Autónoma de Puebla, 2006.
- Falcón, Romana. *El jefe político. Un dominio negociado en el mundo rural del estado de México, 1856-1911*. México: El Colegio de México, 2015.
- Fowler, Will. “El pronunciamiento mexicano del siglo XIX. Hacia una nueva tipología”. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 38 (2009): 5-34. <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2009.38.17756>.
- González y González, Luis. “La historia como novela verídica”. En *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*. Coordinación de Conrado Hernández López, 25-30. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Hale, Charles A. “Emilio Rabasa. Liberalismo, conservadurismo y revolución”. En *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. Vol. 2. Coordinación de Erika Pani, 398-435. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Hale, Charles A. *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano. El hombre, su carrera y sus ideas 1856-1930*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Hernández Chávez, Alicia. *Las fuerzas armadas mexicanas. Su función en el montaje de la República*. México: El Colegio de México, 2012.
- Hernández López, Conrado. “Presentación. De la historia y la novela histórica a la perspectiva de análisis”. En *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*. Coordinación de Conrado Hernández López, 13-24. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Hernández López, Conrado. “Santa Anna. Entre dos formas de ficción y de conocimiento”. Hernández. En *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*. Coordinación de Conrado Hernández López, 183-192. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Illades, Carlos. *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005.
- Illades, Carlos. “La representación del pueblo en el segundo romanticismo mexicano”. *Signos Históricos* 10 (2003): 16-36.
- Illades, Carlos, y Adriana Sandoval. “Espacio social y representación literaria en el siglo XIX”. *Literatura Mexicana* 14, núm. 2 (2011): 217-227.

- Illades, Carlos, y Adriana Sandoval. "Nicolás Pizarro. Literatura y utopía en el siglo XIX". *Iberoamericana* 22, núm. 1 (69) (1998): 26-40. Acceso 10 de mayo de 2025: <https://www.jstor.org/stable/41671668>.
- Lira, Andrés. "Desde el observatorio constitucional. Derechos e historia en la obra de Ignacio L. Vallarta y Emilio Rabasa". En *México. Un siglo de historia constitucional (1808-1917)*. Coordinación de Cecilia Noriega y Alicia Salmerón, 311-330. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2009.
- Martínez Carrizales, Leonardo. "Emilio Rabasa, narrador. La emergencia del pueblo en la representación narrativa del orden social de México". *Literatura Mexicana* 29, núm. 1 (2018): 37-69. <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.29.1.2018.1060>.
- Matute, Álvaro. *La teoría de la historia en México*. México: Secretaría de Educación Pública, 1974.
- Monroy Álvarez, Roberto. "La gramática del Estado y la retórica de la multitud. Un análisis de *La bola*, *Los de abajo* y la narrativa del movimiento". *Marmórea* 2(2015): 11-26. <https://doi.org/10.33064/m.2.4863>.
- Morales, Humberto, y William Fowler, coords. *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999.
- Olveda, Jaime. "Los libros del deseo de Antonio Rubial". En *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*. Coordinación de Conrado Hernández López, 121-130. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Pani, Erika. "'Las fuerzas oscuras'. El problema del conservadurismo en la historia de México". En *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. Vol. 1. Coordinación de Erika Pani, 11-42. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Pérez Toledo, Sonia. *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853*. México: El Colegio de México, 1996.
- Rabasa, Emilio. *La bola*. México: Terracota, 2013.
- Rabasa, Emilio. *La constitución y la dictadura*. México: Tip. de "Revista de Revistas", 1912.
- Rabasa, Emilio. *La evolución histórica de México*. París y México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920.
- Ramos Escandón, Carmen. "Emilio Rabasa. Su obra literaria como expresión política". En *Los intelectuales y el poder en México*. Edición de Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez. México: El Colegio de México, 1991.
- Rodríguez González, Yliana. "Manuel Payno, Emilio Rabasa y la invención del cuerpo nacional. Un examen de *Los bandidos de Río Frío* y las *Novelas mexicanas*". *Bulletin of Hispanic Studies* 100, núm. 9 (2023): 929-944. <https://doi.org/10.3828/bhs.2023.58>.

- Ruiz Abreu, Álvaro. *Emilio Rabasa Estebanell. Los combates por la vida*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno de Chiapas, 2000.
- Santillán, Gustavo. “La crítica literaria en torno a *Los relámpagos de agosto*. 1964-2000”. En *Jorge Ibarquengoitia. El atentado. Los relámpagos de agosto*. Edición de Juan Villoro y Víctor Díaz Arciniega, 246-260. Madrid: ALLCA XX, 2002.
- Santillán, Gustavo. “La crítica moral de Mariano Azuela”. *Revista Universidad de México*, (noviembre 2002), 12-15.
- Santillán, Gustavo. “*La Guerra de Tres Años* de Emilio Rabasa. El sarcasmo liberal del triunfo reformador”. En dictaminación.
- Santillán, Gustavo. “Oratoria cívica y república restaurada. 1867-1875”. *Oficio, Revista de Historia e Interdisciplina*, en prensa.
- Santillán, Gustavo. “La oratoria y el olvido. Los discursos en torno a la batalla de Puebla. 1863-1883”. *Historia Mexicana*, octubre-diciembre 2026, en prensa.
- Santillán, Gustavo. “Virtud cristiana y progreso liberal en *La Navidad en las montañas* de Ignacio M. Altamirano”. *Revista de Historia de América* 164 (2023): 77-101. <https://doi.org/10.35424/rha.164.2023.2297>.
- Serna, Enrique. “Santa Anna en la historia y en la ficción”. En *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*. Coordinación de Conrado Hernández López, 167-182. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Silva Herzog-Márquez, Jesús, José Antonio Aguilar, y Pablo Mijangos. *¿Por qué leer a Rabasa hoy?* México: Fontamara, 2011.
- Tapia, Regina. *El pueblo y el poder. Repertorios en la formación de una cultura política. Gobernados y gobernantes en la ciudad de México a mediados del siglo XIX*. México: El Colegio Mexiquense, 2024.
- Villegas, Gloria. “La visión histórica de Emilio Rabasa”. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 8, núm.8 (1986): 97-125. <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.1980.08.69027>.

SOBRE EL AUTOR

Gustavo Santillán es doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus líneas de investigación son la tolerancia, la moralidad, la oratoria cívica y el conservadurismo. Entre sus publicaciones más recientes destacan: “La nación conservadora y la oratoria cívica. Civilización y catolicismo. México 1858-1860”, *Revista de Historia de América* 173 (2026): 140-178; “El desafío de la obediencia. Centralismo y moralidad. 1835-1841”, *Letras Históricas* 31, 2025; y “Mucio Valdovinos y los conservadurismos mexicanos”, *Fuentes Humanísticas* 37, núm. 71 (2025).